

“Mi método prefiere ampliamente la habilidad para realizar las cosas comunes y necesarias al conocimiento de lo inhabitual y superfluo.”



¡Siento que mi cabeza 17 va a estallar!

Lo primero que leí, acabado de graduarme de maestro, fue un libro llamado: “El archivador del maestro”. Éste trataba de cómo recolectar, guardar y ordenar el material didáctico. En aquél tiempo no era fácil, sobre todo para un maestro rural, procurarse material informativo y gráfico suficiente que fuera, a la vez, bueno y útil. Por lo tanto, uno iba acaparando todo lo que nos pudiera servir – recortes de periódico, fotos, folletos, tarjetas postales – y uno lo ordenaba sistemáticamente en archivos, sobres y carpetas. Las revistas de utilidad didáctica se archivaban por orden cronológico, a veces se encuadernaban. Pero con certeza, uno mantenía al día un fichero temático. Cuando veo las posibilidades disponibles hoy en día, me pongo verde de envidia.

Cierto es también, que no todo lo que brilla es oro. La marea de imágenes y de información ya preparada y disponible en libros, carpetas didácticas, vídeos, películas, programas escolares radiofónicos y de televisión ha ido creciendo peligrosamente y nos submerge como una avalancha literalmente aplastante. No hay sector que no haya sido estudiado, trabajado. Existen documentos de excelente calidad sobre expediciones arriesgadas a cualquier parte del mundo. Películas sobre el comportamiento de los animales, la vida de las plantas, sobre temas ecológicos y cada aspecto de ciencias naturales, nos permiten descubrir la diversidad de la creación. Además, tenemos soportes musicales que nos permiten escuchar cada pieza de música deseada, cada idioma. Tenemos locutores profesionales que nos leen obras maestras de la literaria. Y ahora, además, disponemos del Internet que es, probablemente, el invento más fantástico desde la rueda. Cualquiera puede informarse de todo

en un tiempo récord, acceder a billones de páginas. Por eso mismo, a veces sentimos que la cabeza pudiera estallar.

Para no ahogarnos en esta marea, o para no caer en la tentación y empezar a escoger material de manera arbitraria, un maestro precisa tener *critérios sólidos para elegir*. Claro, algunos me dirán: Y a mí ¿qué me importa todo esto? Yo sigo mi plan de trabajo, utilizo los métodos didácticos obligatorios y observo las recomendaciones de la dirección escolar. Otros, al contrario, habrán experimentado dolorosamente en carne propia que, siguiendo esa estrategia, no pueden realizar totalmente, y a la velocidad que se les exige, el programa. Estos maestros consideran su profesión más bien como algo creativo y quieren poner en práctica, lo más que pueden, las ideas de Pestalozzi. Para ellos, pero también para las personas que, de cierta manera, tienen alguna influencia sobre los planes de enseñanza y el material didáctico, he aquí estas reflexiones:

Todavía hace medio siglo, la escuela poseía prácticamente el monopolio de la transmisión de los conocimientos generales básicos. Lo que la radio y la prensa ofrecían se consideraba como un suplemento que permitía completar las enseñanzas escolares. Pero luego llegó la televisión, la gente empezó masivamente a recorrer el mundo, y el Internet – con el monopolio de información que ya he mencionado – dió la estocada final. Por eso hay que preguntarse seriamente si, ante las nuevas posibilidades mediáticas, todavía tiene sentido que la escuela transmita conocimientos generales que vayan más allá de las necesidades básicas de la vida diaria.

Preferentemente deberíamos contestar que no tiene sentido, y por eso tendríamos que limitarnos radicalmente y utilizar de manera significativa el Internet. Pero no es tan sencillo, pues justamente, para hacerle frente a esta marea de información es necesario tener ya un conocimiento previo relativamente amplio.

¿Qué hacer? Considero que la *estrategia* siguiente conviene a esta situación:

- Ante todo, debemos *aceptar el hecho* de que, bajo las circunstancias actuales, la cantidad de conocimientos que los expertos, los elaboradores de material didáctico y los planificadores de enseñanza parecen tener en mente, no se le puede presentar a los alumnos pues no lo pueden absorber correctamente desde el punto de vista educativo y psicológico. En cada disciplina hay cantidad de temas llamativos a los que debemos renunciar por completo. No tiene sentido que, en tanto maestro o planificador didáctico, andemos siempre

con mala conciencia porque en el marco de nuestra organización escolar no hemos podido abarcar todo lo que queremos. Tengamos pues el valor de dejar “lagunas”, pues – como dice el dicho - quien mucho abarca poco aprieta.

- El hecho de que los medios de comunicación hayan liberado la escuela del monopolio de la transmisión de conocimientos permite finalmente resolver uno de los postulados esenciales de Pestalozzi es decir: preferir la *adquisición de habilidades* a la *adquisición de conocimientos*. Pero no hay que excederse en esto, pues cada habilidad está basada en el conocimiento y además, para que podamos adquirir otros conocimientos, debemos previamente saber algo. Al menos deberíamos tener conciencia de lo que no sabemos y de lo que aún nos queda por conocer.

- Deberíamos de aspirar a la *calidad* en vez de a la cantidad. ¡Qué fácil suena esto! Pero qué problemático resulta si vemos con que perfección y calidad la televisión suele transmitir conocimientos. ¡Cuánto esfuerzo se emplea en un documental para suscitar y mantener el interés del espectador! Los costos para lograrlo son extremadamente elevados. ¿Cómo podríamos competir - así a solas - en nuestras lecciones de geografía o de ciencias naturales, contra estos productos tan perfectos? Qué no nos extrañe entonces si los alumnos se aburren y rápidamente se desconectan. Es que ya se han acostumbrado a otros medios.

Por eso, la calidad de transmisión de conocimientos que se hace en la escuela debe de *situarse a otro nivel*. Claro que podemos sacarle provecho a uno u otro tema elaborado por los profesionales pero en general, debemos concederle prioridad a otras cosas. La fuerza de la escuela consiste en el hecho de que podemos *trabajar lo elemental* con calma y que podemos *acceder a los problemas de comprensión de cada alumno*. En breve: nosotros enseñamos - a propósito - de manera *elemental*. Esto significa: que el maestro ahonda las cosas, primero en su preparación luego en la manera de realizar la lección y que se esmera - a propósito - para llegar al fondo y no tanto para abarcar mucho. En su forma de analizar, el maestro discierne lo esencial de lo contingente y trata de comprender la lógica interna de una cosa, para poderla explicar a sus alumnos. Una lección elemental de este tipo es también *ejemplar*, pues los conceptos básicos que se aprenden le dan la posibilidad también de comprender otros fenómenos similares.

Uno pudiera objetar que mi manera de abogar por esta manera elemental y ejemplar de enseñar - que lleva a ahondar las cosas y requiere tanto tiempo

para realizarlo - está bien, pero que no provee una *visión global de un área de conocimiento*. El reformador de la enseñanza Martin Wagenschein, que ha reflexionado de manera tan completa y marcante sobre el tema de la enseñanza *ejemplar*, se ha planteado también este problema. Como se puede prever, él se opone a hacer una enseñanza sistemática en ciencias y aconseja básicamente que se trate un sólo fenómeno, con muchísimos aspectos para profundizar, y de convertirlo en el punto de partida de un capítulo o unidad de enseñanza. Pero él sabe también, que un conocimiento trabajado de manera *ejemplar* corre el riesgo de quedarse aislado en el paisaje intelectual. Por eso, propone unir las áreas intensamente trabajadas con *puentes* que son como *unos breves sobrevuelos*, conscientes de que con esto sólo se transmitirán unos conocimientos superficiales. Quiero aclarar este principio tomando el ejemplo de los cursos de historia:

Pongamos que hemos usado la manera *ejemplar* para tratar el Medioevo europeo y que le hemos dedicado mucho tiempo. Hemos estudiado en profundidad el orden feudal, las costumbres de los caballeros y los hábitos de la corte, la manera de vivir de las personas comunes y corrientes y el conflicto entre el Emperador y el Papa. Nos hemos ocupado de literatura, arte y arquitectura medieval y finalmente también con una que otra guerra. Si procediéramos de manera semejante para tratar las demás épocas, abordáramos el año 2000 sólo cuando los alumnos estuvieran en el décimo-séptimo grado, o por ahí. Por eso, el maestro tendrá que proceder - lo quiera o no, y muy a pesar de su pasión por la historia - por “saltos”. Tal vez, después de haberse parado un rato en el Renacimiento y en la Reforma, en la Guerra de los Treinta años y también en la Revolución Francesa. ¡Qué lástima de verdad, pero no queda más remedio! Por eso Wagenschein, nos sugiere *tender puentes* o sea sobrevolar haciendo breves resúmenes que el alumno deberá, lo quiera o no, archivar en su memoria sin que los haya trabajado en detalle. El valor en sí de esta forma de aprendizaje es mínimo, es tan sólo un medio para obtener un fin, es como una serie de pequeños arcos de construcción muy ligera que sirven para unir los pilares portadores de un puente. Se logra el máximo cuando los alumnos tienen, al menos, una idea de todo lo que se podría investigar y se proponen - ya que han podido desarrollar un interés fundamental por la historia - realizarlo algún día.

- Cada vez más, el *uso inteligente del Internet* forma parte de la enseñanza y no sólo respecto al tema concreto que nos ocupa, sino también por la destre-

za con la cual los alumnos utilizan este medio. Debemos estar conscientes de que el hecho de poder disponer totalmente de cualquier tipo de conocimiento tiende a restarle valor al significado del conocimiento en sí. Precisamente porque sabemos que cualquiera es *capaz* de adquirir fácilmente tal o tal conocimiento, parece como si ya no valiera la pena hacerlo. Se corre el riesgo de que con el Internet uno se *informe* de manera pasajera y que ya uno no se *dedique a un sector de conocimiento* con esmero y pasión. Este conocimiento, basado en una información ya preparada, sigue siendo superficial, sin compromiso y no se puede comparar, de ninguna manera, con un conocimiento obtenido mediante una observación exacta de los fenómenos y un estudio profundo. Pues sólo este conocimiento permite finalmente la paulatina realización de una percepción personal y de la correspondiente toma de conciencia del mundo. Por eso es sensato observar cierta cautela al usar las facilidades que ofrece el Internet.

- Finalmente debemos hacer todo lo posible para que los alumnos no aprendan por razones equivocadas como lo es, por ejemplo, el querer obtener buenas notas. El conocimiento que sólo se obtiene con la voluntad de tener buenas notas queda en la superficie y se ahoga rápidamente en el mar del olvido. La meta debe de ser siempre clara para todos: se trata de despertar *interés*, de *investigar*, del *afán de saber* y de la *alegría* o del *placer* en el aprendizaje y en el esmero personal. Todo aquello que es un obstáculo para llegar a la meta debe evitarse. No se ha logrado nada si los alumnos que han terminado su bachillerato, personas maduras, queman con ostentación, por ejemplo, sus apuntes de matemáticas o de física y juran que nunca más querrán saber nada de eso en su vida. Por eso debemos cuestionar nuestro sistema de notas si vemos que constituye un obstáculo para obtener la meta mencionada. Sencillamente no tiene sentido emplear tanto empeño personal, de organización y de dinero, como el que utiliza la escuela hoy en día, si el propio sistema lucha contra las principales metas educativas.